

La filósofa
feminista
francesa
fotografiada por
Cathy Bernheim
en la década
de los 80.

LIBROS

LUCE IRIGARAY

Diferente como ayer

La madre del feminismo de la diferencia publica un nuevo ensayo, *En el principio era ella*, donde con su estilo característico, entre lo ensayístico y lo lírico, regresa a la raíz lingüística de la cultura patriarcal en la Antigua Grecia y propone recuperar el, según ella, primigenio y transformador lenguaje femenino.

Texto Begoña Donat Foto Cathy Bernheim

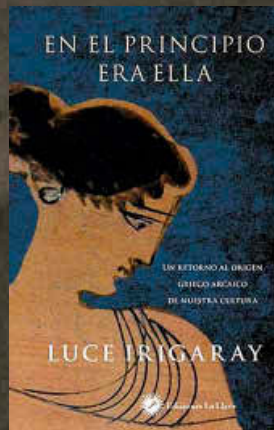
En 1974, Luce Irigaray (Bélgica, 1932) publicaba su tesis doctoral titulada *Espéculo. De la otra mujer*, y ponía los cimientos a la primera gran escisión en el mundo del feminismo: la que enfrentaría durante décadas a quienes reclamaban la igualdad con aquellos que sostenían que la verdadera liberación femenina se encontraba en el extremo opuesto, en la diferencia.

Irigaray ponía en entredicho las tesis de Sigmund Freud y de Jacques Lacan sobre la sexualidad femenina, sobre la frigidez, sobre el complejo de Edipo. Y cuestionaba la categorización de los géneros en la cultura patriarcal, donde la mujer venía a ser el reverso del hombre. De Platón a Karl Marx, pasando por George Friedrich Hegel, todos recibían su *merecido* de la pluma incisiva y compleja (quien haya leído alguno de sus ensayos sabe de qué hablamos) de esta mente innovadora.

Pero Irigaray iba más allá. También se oponía al modelo que propugnaba la primera ola del feminismo de la igualdad, con Simone de Beauvoir a la cabeza, ya que, afirmaba, reclamar la equiparación con el hombre equivalía a aceptar el modelo impuesto por la cultura patriarcal. Irigaray por el contrario proponía la diferencia, la generación de unos valores y una cultura propios por parte de las mujeres. De lo que ella y en general el feminismo de la diferencia hablaban (y hablan todavía) es de que la liberación de las mujeres se encontraría en la búsqueda de su auténtica identidad,

dejando fuera la referencia de los varones (el hombre como medida de todas las cosas). Por cierto que el concepto de sororidad, tan de moda hoy, se fraguó en las mentes y los escritos de esta visionaria corriente feminista.

Mucho tiempo ha pasado, pero Irigaray, hoy directora de Investigación Filosófica del Centro Nacional de la Investigación Científica de París, no ha cejado en su reivindicación de la diferencia como única vía para la liberación. Si en 1977 publicaba *Ese sexo que no es uno*, donde sostenía que la sexualidad femenina siempre había sido pensada desde parámetros masculi-



Pensar en femenino

El nuevo ensayo de Luce Irigaray (ed. La Llave) no se limita a denunciar cómo para desligarse del origen materno nuestra civilización patriarcal elaboró un discurso de dominación y construyó un mundo que creció alejándose de la vida. También propone estrategias para aprender a aceptar y cultivar lo que hace diferentes a hombres y mujeres y, a partir de ahí, construir un mundo mejor (para todos).

nos y reivindicaba el discurso sobre el cuerpo de la mujer, hoy sigue creyendo que «debemos generar una cultura basada en nuestra propia naturaleza. Necesitamos volver a nuestro cuerpo y desentrañar su significado». Porque, explica, nuestra identidad solo podrá ser asumida y cultivada con la complicidad de la sexualidad.

La nueva entrega de su batalla es un ensayo titulado *En el principio era ella* (Ed. La Llave). El libro rastrea en la Grecia Clásica la exclusión de la mujer del pensamiento occidental y hace responsables a filósofos como Heráclito del divorcio entre el mundo de las ideas y la vida real.

Lo que está claro es que la propuesta de Luce Irigaray no ha perdido interés. Por citar un ejemplo, la misteriosa escritora italiana de ficción Elena Ferrante, autora de la exitosa tetralogía *Dos mujeres*, la ha citado como una de sus referencias (al hacérselo saber quien esto suscribe, Irigaray exclama: «¡Qué buena noticia! Leí una de sus novelas y estoy esperando a que llegue otra a la biblioteca. Me gusta su trabajo»).

Poco sabemos de la vida de Luce Irigaray más allá de sus apariciones públicas. El único libro que ha escrito que puede considerarse autobiográfico, *Through Vegetal Being* (CUP, 2016), resultado de su correspondencia con el profesor de la Universidad del País Vasco Michael Marder, es en realidad un tratado filosófico y político. En él habla de sus propias experiencias, pero siempre en la esfera pública, ya que Irigaray considera que la exhibición de la vida privada de las mujeres ha sido una de las estrategias que el sistema ha utilizado tradicionalmente para mantenerlas subyugadas. Eso sí, no tiene ningún problema en hablar sobre una de sus grandes pasiones, el yoga. «Lo practico para que mi cuerpo sea lo más hermoso posible por sí mismo y no a través del uso de maquillaje. De hecho, no utilizo cosméticos», asegura a sus 85 años.

Empezó a practicar esta disciplina oriental tras un accidente de coche, y la marcó de por vida: «Gracias al yoga he descubierto una cultura donde la filosofía, el arte y la religión no están separados. Me he dado cuenta de cuán crucial es la respiración, no solo para vivir, sino para alcanzar autonomía. He entendido cómo construir puentes entre el cuerpo y el alma». Bajo su parecer, girar los ojos hacia las tradiciones orientales puede ayudarnos a revisar las derivas patriarcales de Occidente. Eso y volver la vista atrás, a la filosofía presocrática, para entender dónde se encendió la chispa de la desigualdad. ■